

25 de octubre de 1972

Hubo momentos en los que ella deseó que estuviera muerto. No es que deseara no haberle conocido, eso no; ni que no hubiera nacido, sino que lo atropellara un coche o que muriera de forma violenta, en una pelea de bar, por ejemplo, o que una máquina le destrozara el brazo y se desangrara hasta morir sin que nadie pudiera salvarle. Y deseaba que en esos momentos finales, al sentir que la vida se le escapaba, él comprendiera hasta qué punto había sido un cabrón, como un desperdicio viviente. Ella lo imaginaba aterrado y arrepentido, consciente de que el charco negro en forma de riñón que tenía bajo el cuerpo era su propia sangre, y aceptando finalmente la evidencia de que iba a pagar por la clase de hombre que había sido. Y en esos momentos de oscuridad le llegaría el arrepentimiento, un arrepentimiento profundo. Pero ya sería demasiado tarde. Eso era lo que ella sentía por él.

Estaba sola en la oscuridad, tumbada en la cama sobre aquella colcha vieja y descolorida. Del radiador salía un aire seco y caliente que de vez en cuando chasqueaba con fuerza, como si alguien golpeará las tuberías con un instrumento metálico. Se incorporó para oír la respiración suave y acompasada de su hija, abajo en la salita de estar. El viento golpeó con fuerza la ventana. Sabía que fuera hacía frío, era la noche más fría de aquel otoño. Pero ella sudaba un poco. La calefacción del apartamento siempre estaba demasiado alta. Por las noches el bebé —de hecho ya no era un bebé, tenía casi dos años— siempre se apartaba el cubrecama. Por eso escuchaba. Para oír el repentino cambio de postura de la niña al destaparse. Pero también estaba atenta a otra clase de ruidos.

Los latidos de su corazón habían recuperado por fin un ritmo normal y el bebé ya había dejado de gritar, pero ella sabía que él volvería. Se acostó completamente vestida con una sudadera gris, unos vaque-

ros, zapatillas de deporte y el teléfono en la mano. Y un bate de béisbol junto a la pierna. Si él volvía, ella llamaría otra vez a la policía; aunque esta noche ya habían venido una vez, cuando él ya no estaba. Tenía una orden de alejamiento. Tenían que acudir tantas veces como les llamara.

Era increíble en lo que se había convertido su vida. Si no fuera por su hija pensaría que la había echado a perder, tantos errores, tantas esperanzas rotas. Pero al menos sabía que había hecho una cosa bien; pese a todo lo demás, su bebé era feliz, estaba sana y tenía una madre que la quería.

En la mesilla brillaba la luz verde del reloj; en aquel momento sólo se oía la respiración de la niña y el zumbido de la nevera en la salita de abajo. Una nevera vieja que gruñía y traqueteaba un poco. Pero ya casi no lo notaba, salvo cuando escuchaba atentamente en la oscuridad, preocupada, pensando dónde estaría él y qué sería lo siguiente que intentaría.

Cuando le dijo que estaba embarazada, su relación prácticamente ya había terminado. Si es que alguna vez fue una relación. Habían salido juntos un par de veces. Él fue a recogerla con su Monte Carlo y la llevó a una pizzería donde aparentemente todo el mundo le conocía. Le retiró la silla y le dijo que era bonita. Lo repitió un par de veces durante la cena, para llenar los silencios de una conversación poco fluida.

Fueron a ver El candidato, de Robert Redford, y La huida, de Steve McQueen; ella no tenía interés especial en ver ninguna de las dos, pero él tampoco se lo preguntó. Sencillamente condujo hasta el cine, fue a la taquilla y le dijo al hombre lo que quería ver. Quizás ella debería haberse tomado aquello como un primer aviso. Si tienes una cita y la llevas al cine, ¿no deberías preguntarle qué le apetece ver? En la oscuridad de la sala, con una bolsa de palomitas entre las piernas, él jugueteó con su cola de caballo y le susurró al oído lo bonita que era... otra vez. En la segunda cita, dejó que le tocara los pechos durante La huida, y notó aquella cálida excitación entre las piernas, casi le gustó. Aquella noche él la acompañó a su apartamento y se acostaron juntos. Pero no se quedó a dormir. Se acostaron unas cuantas veces desde aquel día, pero dejó de llevarla a la pizzería y al cine. Y en-

tonces, justo cuando ella ya contaba con oír su voz al teléfono y sentir su brazo rodeándole los hombros, él desapareció de su vida. Es lo mismo que hacen todos, ¿o no? Salís juntos una semana, y a la siguiente es como si no te conocieran de nada. Durante una temporada la llamaba cada noche, y a la noche siguiente lo mismo. Después el teléfono dejó de sonar. Estaba allí, sobre el mostrador de la cocina, y ella lo miraba atentamente y levantaba el auricular para asegurarse de que funcionaba.

No la habían educado para perseguir a un hombre, ni para pedirle una cita o preguntarle por qué ya no la llamaba; así que cuando dejó de tener noticias suyas, no intentó localizarle. Claro que tampoco la educaron para dejar que un hombre le metiera mano en un cine y luego se acostara con él.

En cualquier caso, para ella no fue más que un pasatiempo, un modo de olvidarse del hombre anterior. En apariencia eran dos tipos de hombre completamente distintos. El anterior era rico, la llevaba a los sitios de moda de la ciudad, le compraba regalos, vestidos y joyas. Le hablaba en francés, y aunque no entendía una palabra, aquello la impresionaba. Pero fue una enorme equivocación porque él era su jefe. Y cuando se cansó de ella, se ofreció para ayudarla a encontrar otro trabajo. Pero el tipo de ahora era muy distinto del anterior; al final todos eran iguales, ¿verdad? Se aburrían y querían que se largara. O se volvían fríos y distantes. O violentos como éste.

Sus padres, ambos fumadores empedernidos, murieron demasiado jóvenes con dos años de diferencia. La muerte de su madre, de enfisema, fue lenta y terrible; su padre murió de repente, de un ataque al corazón. No tenía ni hermanos ni hermanas, de modo que el embarazo extramatrimonial no fue una vergüenza para nadie, pero tampoco tenía nadie a quien acudir. Maria era su única amiga, una vecina de abajo a quien todos llamaban Madame Maria. La mujer se ganaba la vida leyendo las cartas del tarot en su apartamento e impartiendo los consejos de «la Diosa», como le gustaba decir. Madame Maria le había dicho que estaba a punto de recibir un regalo. Maria siempre decía lo mismo. Esa vez acertó.

En cuanto estuvo segura, fue a verle. Él le preguntó cómo sabía que era suyo. Y entonces ella empezó a odiarle de verdad y a pregun-

tarse cómo pudo venderse tan barata a alguien de tan ínfimo valor. Le dejó muy claro que no quería pedirle nada, que simplemente quería darle la oportunidad de ser padre. Él se marchó y la dejó allí plantada en un aparcamiento siniestro. Mientras oía el motor del Monte Carlo que se alejaba, empezó a llover, apenas un poco de vapor de agua. Ir a verle había sido una equivocación; una decisión errónea. Pensó que quizá se portaría bien con ella. Otro error.

Entonces, quizá porque la culpa le atormentara, o por curiosidad, o incluso puede que tuviera cierta capacidad de amor dormida, el caso es que cuando el bebé tenía unos meses, él empezó a rondarla; como si le interesara ser padre. Pero enseguida pasó lo mismo que con las películas: se creyó con derecho a escoger el espectáculo y la hora, y a manosearla un poco de paso. Empezaron las peleas. Acudió la policía. Él pidió perdón. Ella le perdonó por el bien de la niña. Una y otra vez... hasta aquella tarde imperdonable. Cuando la guerra empezó de verdad.

Desde entonces pasó muchas noches como ésta, tumbada en la oscuridad completamente vestida, esperando. Y tuvo mucho tiempo para pensar por qué ocurría todo aquello. Repasó todos y cada uno de los momentos que había pasado con él, diseccionando y analizando cada palabra que había dicho, cada uno de sus actos, preguntándose si debió haber actuado de otra forma. Pero lo único que se le ocurrió fue que debió haberse dado cuenta en el cine, cuando nunca le preguntó a ella qué le apetecía ver. Aquello debió advertirla de la clase de hombre que era. A veces los pequeños detalles son los más reveladores.

Recordaba aquella tarde que le quemaba como una cicatriz en la piel. Una «M» de mala madre. Recordaba que Maria la llamó al trabajo y que volvió corriendo al apartamento, donde la había dejado cuidando al bebé hasta que terminara el turno. Recordaba que subió las escaleras de dos en dos y que oyó aquel lamento inconfundible y desgarrador, como una descarga eléctrica que llegaba directamente del corazón de su hija al suyo. Recordaba que irrumpió en la puerta y lo vio sentado en el sofá, con la cara contraída de miedo. Había cerrado la puerta de la habitación de la niña, como si hubiera intentado aislarse del llanto. Aterrorizada, sintiendo que el pánico le abrasaba la piel, abrió la puerta de un empujón. El bebé estaba sentado en la cuna, con-

gestionado de tanto llorar y con un brazo torcido en un gesto antinatural. Cogió a su hija y corrió gritando: «¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho? ¡Mira lo que has hecho!». Él se quedó allí sentado, mudo, con los brazos extendidos. Ella salió corriendo con su hija en brazos chillando de dolor, y ya no se volvió para mirarle.

Fue incapaz, no pudo esperar a la ambulancia. Con todo el cuidado del mundo instaló al bebé en el asiento del coche. Los gritos de la niña eran como cuchillos que le atravesaban la carne y le destrozaban las entrañas. Sus propias lágrimas tenían el sabor de la sangre. Mientras conducía intentó tranquilizarse, que su voz sonara como un arrullo: «Ya está, ya está, cariño. Mamá está aquí. Mamá está aquí».

En la sala de urgencias, el doctor le cogió a la niña de los brazos y ella le siguió a toda prisa hacia el interior del hospital, hasta la zona de pediatría. Rezó; rezó para que el médico de su hija, que compaginaba su trabajo en el hospital con la clínica Little Angels, estuviera allí. La plegaria fue escuchada y al cabo de unos minutos el bebé estaba en aquellas manos expertas.

Se quedó allí muda, incapaz de hacer nada, mientras el doctor decía en voz baja: «Díos mío, pequeña, ¿qué te ha pasado?».

—Mami —añadió el doctor dulcemente. Nunca había usado esa palabra cuando visitaba al bebé—. Ya sé que estás asustada, pero voy a pedirte que esperes fuera para que yo pueda curar a esta preciosidad. En este momento estás muy preocupada y asustada y ella lo sabe, lo nota. ¿Serás capaz de ser muy valiente y esperar fuera?

Ella asintió en contra de su voluntad y dejó que una enfermera la condujera fuera. La enfermera, una joven con unos inteligentes ojos azules bajo unas gruesas gafas de carey, la miraba con una dosis idéntica de suspicacia y simpatía. Y la juzgaba, certera y fríamente. ¿Es que me creen capaz de lastimar a mi hija?, se preguntó confundida por el pánico. ¿Serán capaces de pensarlo?

Mientras vigilaba la puerta de la sala de curas, sentía una opresión tan intensa en el pecho que creyó que le explotaría allí mismo. El llanto del bebé había pasado del grito al quejido y luego se hizo el silencio. Al cabo de un siglo salió el médico.

—Se curará —le dijo con dulzura; se sentó a su lado y le puso una mano en la rodilla. Luego le explicó lo delicado que era un hueso roto

en un bebé y los cuidados que requeriría una vez vendado y lo que habría que hacer para que soldara completamente. Su mente volvía una y otra vez sobre las palabras «se curará», hasta que su corazón aceptó la información y recuperó su ritmo normal, hasta que su sangre circuló de nuevo y la devolvió a la vida. Hasta que no supo que su hija ya no sentía dolor, estuvo suspendida entre la vida y la muerte, paralizada por el terror.

—Tranquila —le dijo él, mirándola a los ojos—. Todo irá bien.

Pero en aquellos ojos había algo más. En aquella mirada, normalmente tan amable y cariñosa, había preocupación y sospecha.

Estuvieron casi toda la noche en el hospital, mientras sedaban a la niña y le colocaban el brazo en una escayola minúscula. El médico se quedó con ellas hasta que llegó el momento de irse a casa, y cuando ya se iban, le tocó el brazo y la miró con una expresión que ella no supo descifrar.

—Quieres a tu hija más que a nadie en el mundo, ¿verdad?

La pregunta tenía un tono muy triste.

—Más que a nadie.

—¿Serás capaz de protegerla?

Le pareció una pregunta muy extraña, sobre todo porque era el eco de lo que su dolorido corazón se preguntaba en aquel momento.

—Si alguien intenta hacer daño a la niña, tendrá que matarme primero.

Él asintió.

—Hay que evitar que se dé esa situación. Asegúrate de que la denuncia sale adelante. Nos veremos en la clínica el jueves, o antes, si hay algún problema. —Su voz había adoptado un tono severo y ella asintió obediente.

—Me gustaría que tuviera un padre como usted —le dijo cuando él ya estaba de espaldas.

Entonces él la miró de una forma extraña, como si quisiera decir algo, y luego cambió de idea. Le sonrió, fue una sonrisa cariñosa y tranquilizadora, cargada de compasión.

—A mí también. A mí también.

Cada vez que recordaba aquello, el odio hacia el hombre que había lastimado a su hija invadía de nuevo su corazón. Y reafirmaba su

negativa frente a su constante demanda de perdón, aquella súplica incesante por pasar un minuto, sólo un minuto, con el bebé, seguida de ataques de rabia contra ella cuando se lo negaba. Decía que había sido un accidente, clamaba que nunca tuvo intención de hacerle daño. Parecía bastante arrepentido. Pero ella no paraba de pensar en la pregunta que le había hecho el médico: «¿Serás capaz de protegerla?». La única forma de garantizar que la respuesta era sí, era mantenerle alejado de sus vidas.

Aunque se había quedado medio dormida, algo la crispó, y pasó de agarrar el teléfono a agarrar el bate de béisbol. Sintió una descarga de adrenalina y se tumbó en silencio a escuchar en la oscuridad. El bebé se movía y suspiraba en sueños. Oyó un leve chasquido, algo metálico, como un muelle que se destensaba, como si la puerta de tela metálica se abriera más silenciosamente que nunca.

Él nunca era silencioso. Siempre llegaba montando un escándalo. Sintió un nudo en la garganta y sin hacer ruido se levantó de la cama, se olvidó del teléfono y sostuvo fuerte el bate en la mano. Caminó hasta el umbral y echó una ojeada a la salita del apartamento. Desde allí podía vigilar la puerta de entrada. De pronto la cerradura le pareció muy frágil y se culpó de no haber instalado la barra de seguridad y la cadena, tal como le había recomendado la policía. Pero no podía pagarla. La ventana que había junto a la puerta tenía rejas, pero corría paralela a un descansillo al que cualquiera podía acceder por una escalera.

¿Era su sombra lo que había visto moverse frente a la ventana? Las cortinas estaban corridas, pero los focos del aparcamiento se mantenían encendidos toda la noche, y a veces veía las sombras de la gente cuando pasaban de camino hacia sus casas. Escuchó otra vez y no oyó nada. Estaba a punto de relajarse cuando volvió a oírlo, aquel muelle metálico que se ponía tirante. ¿Habría abierto la puerta de rejilla y estaba de pie en la entrada? Sintió una opresión en el pecho y la respiración alterada.

Miró el teléfono que había dejado sobre la cama y pensó en llamar a la policía. Pero no era capaz de afrontar que volvieran a venir sin motivo. Habían venido antes, cuando él ya se había ido, y aunque volvieron a anotar respetuosamente todo lo que ella les contó, empezaba

a sentirse como el chico que grita que viene el lobo. Sería demasiado vergonzoso volver a llamarlos por nada. Agarró el bate con las dos manos y avanzó hacia la puerta.

Iba despacio, sin hacer ruido. Se dijo a sí misma que él siempre hacía mucho ruido cuando entraba. Nunca había intentado colarse sin hacer ruido y atacarlas. Ni robar al bebé, la peor de sus pesadillas. El año anterior habían desaparecido tres niños en aquella zona. Aquellas caritas la observaban cada noche desde la pantalla de la televisión, unos ojos dulces y unas sonrisas alegres que la obsesionaban. Todos y cada uno de ellos desaparecieron de sus casas. No encontraron a ninguno, ni un rastro que seguir. De vez en cuando, oía en las noticias que alguien había vislumbrado a alguno en un centro comercial o en un área de descanso o en un parque de atracciones. Pero siempre acababa en nada. Pensaba bastante a menudo en esos padres, con aquel vacío en las entrañas y toda una vida de terribles dudas y visiones innarrables. Quizá la esperanza era lo único que los mantenía vivos; lo único que mantenía alejadas las cuchillas de sus venas y las pistolas de sus bocas era la idea de que un día, quizás, abrirían la puerta y verían de nuevo a sus hijos. No podía ni imaginar la intensidad del dolor de saber que quizá tu hijo estaba vivo en alguna parte, sin poder encontrarle, o que quizás estaba muerto... sin saber qué era peor.

Se colocó junto a la puerta, a menos a un metro, de pie junto al sofá de segunda mano. Se había acercado sigilosamente sin oír nada, así que se quedó inmóvil como una estatua con el bate preparado.

1

Está oscuro, es ese tipo de oscuridad que te permite distinguir los objetos, sin ver los espacios negros que tienen detrás. El miedo y el esfuerzo me han alterado la respiración. La única persona en el mundo en la que confío yace en el suelo a mi lado. Me inclino sobre él y oigo que aún respira, pero débilmente y con mucho esfuerzo. Sé que está herido. Pero no sé hasta qué punto es grave. Le susurro su nombre al oído, pero él no me responde. Toco su cuerpo, pero no veo que haya sangre. El sonido de su cuerpo al chocar contra el suelo hace unos minutos es lo más horrible que he oído nunca.

Palpo el suelo a su alrededor, buscando su pistola. Al cabo de unos segundos, siento el frío del metal en las yemas de los dedos y estoy a punto de llorar de felicidad. Pero ahora no hay tiempo para esto.

Oigo la lluvia en el exterior del edificio en ruinas, son gruesos goterones salpicando contra una lona. Aquí dentro también llega la lluvia, se cuela por las goteras del techo, y baja a través del suelo de madera podrida y por las escaleras desvencijadas. Él se mueve y gime en voz baja. Le oigo decir mi nombre y me inclino de nuevo a su lado.

—No pasa nada. Saldremos de ésta —le digo, sin tener ningún motivo para creer que es así.

En alguna parte, ahí fuera o encima de nosotros, un hombre a quien yo creía amar, junto a otros hombres que no soy capaz de identificar, intentan matarnos para ocultar la espantosa verdad que he descubierto. Yo también estoy herida, me duele tanto que me desmayaría si no supiera que eso supondría morir aquí, en este desahuciado edificio del Lower East Side de Manhattan. Tengo algo incrustado en el muslo derecho. Probablemente una bala, o una gran astilla de madera, quizás un clavo. Está tan oscuro, que apenas

veo el enorme agujero que tengo en los vaqueros y que mi sangre ha teñido de negro. La cabeza me da vueltas y el suelo se está inclinando, pero sigo resistiendo.

Ahora los oigo justo encima de nosotros, y a través de los agujeros del suelo veo la luz de sus linternas recorriendo la oscuridad. Mi propia respiración me resuena en los oídos como un tren que se estuviera acercando, e intento controlarla. Oigo a uno de los hombres decirle a los demás:

—Creo que se han caído. Están abajo.

Nadie responde, pero oigo cómo cruje la madera mientras bajan. Él se mueve, inquieto.

—Ya llegan —dice con un hilo de voz ronca—. Vete de aquí, Ridley.

No le respondo. Ambos sabemos que no me iré. Tiro de él e intenta incorporarse, pero su cara se contrae con un gesto de dolor más intenso que el chillido que sé que reprime para protegernos durante unos minutos más. O nos vamos de aquí juntos, o no nos vamos de ninguna manera. Aunque sé que no debería moverle, le arrastro hasta un viejo sofá mohoso apoyado contra la pared. A pesar de ser un tramo muy corto, le veo palidecer y torcer la cara en un gesto de dolor terrible. Cuando le muevo, vuelve a quedarse inconsciente, e inmediatamente parece que pesara veinticinco kilos más. Pero he visto que tenía movilidad en las cuatro extremidades, y eso ya es algo. Tiro de él, me arde la pierna, ya no me quedan fuerzas, y me doy cuenta de que estoy rezando, una y otra vez como una especie de mantra: *Por favor, Dios mío, por favor, Dios mío, por favor, Dios mío.*

El sofá está colocado de forma que deja un hueco junto a la pared donde cabemos justo los dos. Le arrastro hasta allí y me tumbo boca abajo a su lado. Acercó una caja vieja hasta el extremo del sofá y observo a través de las lamas de madera. Cada vez están más cerca, y seguro que nos han oído, porque han dejado de hablar y han apagado las linternas. Cojo la pistola con las dos manos y espero. No he disparado nunca una pistola y no sé cuántas balas le quedan a ésta. Pienso que vamos a morir aquí.

—Ridley, por favor, no hagas eso —la voz llega desde arriba, retumbando en la oscuridad—. Podemos solucionarlo.

No respondo. Sé que es una trampa. Esto ya no tiene solución; hemos llegado demasiado lejos. He tenido muchas oportunidades de cerrar los ojos y volver a la fantasía que solía llamar vida, pero no he aprovechado ninguna de ellas. ¿Desearía en este momento haberlo hecho? Es difícil responder a esa pregunta ahora que los fantasmas se acercan.

—Seis —murmura él.

—¿Qué?

—Te quedan seis balas.